

DESARROLLO Y GLOBALIZACIÓN EN EL ESTRUCTURALISMO LATINOAMERICANO: EL ROL CENTRAL DEL CONOCIMIENTO Y LA INNOVACIÓN

Por Aldo Ferrer



A mediados del siglo pasado, bajo el liderazgo de Raúl Prebisch, pensadores sociales de América Latina formularon una teoría del desarrollo. La misma respondía a una interpretación estructural, histórica y sistémica de las causas del atraso predominante en nuestros países. Sobre estas bases, se formuló una estrategia de crecimiento asentada en la industrialización y la modificación del estilo de inserción en la división internacional del trabajo.

Uno de los componentes originales de la teoría era la interpretación del funcionamiento del sistema económico mundial y la dinámica de la relación entre un centro desarrollado y una periferia atrasada. El modelo centro-periferia explicaba cómo la distribución desigual de los frutos del progreso técnico entre ambos componentes del sistema sancionaba el rezago periférico y la reproducción de las causas que lo determinaban.

Sobre estas bases, Celso Furtado, Aníbal Pinto, Osvaldo Sunkel y Helio Jaguaribe, entre otros, enriquecieron la teoría contraponiendo las causas exógenas, derivadas de las dinámicas del orden mundial, con las endógenas, resultantes de la propia realidad de nuestros países. El subdesarrollo latinoamericano resultaba así de una compleja madeja de relaciones entre los intereses dominantes en el orden mundial y las élites domésticas, beneficiarias del modelo e incapaces de conducir a sus países por el sendero del desarrollo económico y social.

La teoría de la dependencia fue un importante subproducto del estructuralismo latinoamericano. Éste surgió en un momento de vacío en el pensamiento hegemónico de los centros. La crisis de los años treinta demolió la visión neoclásica e instaló, en su lugar, el paradigma keynesiano. La intervención del estado inherente al pensamiento estructuralista latinoamericano, apareció, así, legitimada por la misma política de los centros. Pero, además, el sistema mundial estaba a la deriva como consecuencia de la crisis y, enseguida, de la Segunda Guerra Mundial. Librados a sus propias fuerzas, nuestros países no sólo tuvieron que mirar hacia el

mercado interno sino, además, construir un paradigma de desarrollo alternativo y emplear nuevos instrumentos, como el control de cambios. Raúl Prebisch había comenzado a hacer esto en la Argentina en la década de 1930 y, terminada la guerra, las condiciones estaban maduras para propagar el mensaje en América Latina y aún más allá.

Pero el nuevo paradigma tenía bases vulnerables. No sobrevivió a las limitaciones emergentes del estado desarrollista coexistiendo con las mismas raíces del privilegio y la concentración de la riqueza del pasado histórico. Cuando el poder céntrico se reconstituyó en torno de la hegemonía norteamericana y las nuevas fuerzas de la globalización operantes en los mercados financieros, las corporaciones transnacionales y las comunicaciones, otra vez, el pensamiento hegemónico en América Latina pasó a ser formulado por los centros y por las mismas causas, fundadas en la debilidad de la “densidad nacional” de nuestros países. Vale decir, las fracturas sociales, liderazgos internos asociados a la relación de dependencia, la fragilidad de las instituciones y, como síntesis, visiones de la realidad importadas de los centros e incapaces, por lo tanto, de formular políticas eficaces de desarrollo¹.

Con el tiempo, economistas heterodoxos del norte, es decir, del centro, como Dani Rodrik, Joseph Stiglitz, Paul Krugman y Jean-Paul Fitoussi, profesaron la misma aproximación teórica de la realidad, cuestionaron la racionalidad del enfoque neoliberal y concluyeron con interpretaciones muy semejantes a las formuladas por Prebisch y sus seguidores. Mucho más importante que esto es que las políticas propiciadas por el estructuralismo latinoamericano fueron ejecutadas, hasta sus últimas consecuencias, en los países de Extremo Oriente de mayor ritmo de crecimiento y transformación. Tales los casos de Corea, Taiwán y Malasia, antes Japón y, actualmente, también China e India.

En todos ellos, la ciencia y la tecnología son la base del desarrollo económico y social, las mayorías participan de los frutos

del desarrollo, el mercado interno y las exportaciones se expanden simultáneamente, los líderes acumulan poder reteniendo el dominio de las cadenas de valor y el proceso de acumulación, los equilibrios macroeconómicos y la competitividad se mantienen a raja tabla, las filiales de empresas extranjeras complementan y no sustituyen el ahorro interno ni el liderazgo de los emprendedores locales y la inversión pública. Ninguno de estos países profesó el culto neoliberal ni las propuestas del “Consenso de Washington”. Todos operan con visiones propias de su realidad y sus relaciones internacionales, con una concepción del desarrollo endógena, autocentrada, pero abierta al mundo.

En Asia se reconoció tempranamente el aporte teórico del estructuralismo latinoamericano. Hace treinta años, India condecoró con su máximo galardón, el Premio Nehru, a Raúl Prebisch. La teoría cumplió con los requisitos epistémicos que la validan: reveló tener capacidad de predicción de los acontecimientos y de sustentar acciones válidas para los fines que propone.

En nuestros países deberíamos aprender de nuestras frustraciones y de los éxitos de otros, para construir un paradigma fundado en las relaciones esenciales entre el desarrollo y la globalización, tal y cual lo propuso el estructuralismo latinoamericano. Vale decir, estar en el mundo estando primero en nosotros mismos. Abrirnos manteniendo el comando de nuestro propio destino. Crear riqueza para el bienestar de muchos y no para el privilegio de pocos.

Los desafíos que le esperan a Argentina: por una gestión del conocimiento acumulativa y dinámica

La experiencia argentina de los años recientes es alentadora. Después del derrumbe del modelo neoliberal, el país se está reencontrando consigo mismo y con su potencial de recursos. Las tendencias predominantes actualmente en América Latina apuntan en el mismo sentido. Ahora es preciso un considerable esfuerzo de reflexión para fundar

EL DESARROLLO ECONÓMICO DEPENDE DE LA APLICACIÓN DE LAS TECNOLOGÍAS DISPONIBLES A LA PRODUCCIÓN DE BIENES Y SERVICIOS Y A LA ORGANIZACIÓN DEL SISTEMA ECONÓMICO Y SOCIAL. [...] COMO LA TECNOLOGÍA ES UNA EXPRESIÓN DEL CONOCIMIENTO, EL DESARROLLO DEPENDE, EN DEFINITIVA, DE LA CAPACIDAD DE GESTIÓN DEL CONOCIMIENTO, DEL SABER DISPONIBLE Y DE SU AMPLIACIÓN VÍA LA INNOVACIÓN.

el paradigma del desarrollo con equidad, de la soberanía con realismo, del desarrollo nacional y la integración latinoamericana. Los antecedentes teóricos se muestran triunfantes en otras partes del planeta. Ahora hay que repatriarlos y traerlos al día.

La gran crisis mundial de 2008 y el derrumbe del fundamentalismo globalizador en los mismos países centrales del sistema vuelve a producir un vacío en el pensamiento hegemónico dominante y una nueva oportunidad para la construcción de visiones originales en América Latina, funcionales al desarrollo con equidad y a la inserción en el orden global afirmando la capacidad de decidir nuestro propio destino. Esto impone replantear algunas cuestiones fundamentales.

El desarrollo económico depende de la aplicación de las tecnologías disponibles a la producción de bienes y servicios y a la organización del sistema económico y social. El *stock* de tecnologías existentes aumenta incesantemente a partir del avance del conocimiento científico y las innovaciones en el empleo de los recursos humanos y materiales. Como la tecnología es una expresión del conocimiento, el desarrollo depende, en definitiva, de la capacidad de **gestión del conocimiento**, del saber disponible y de su ampliación vía la innovación.

El acervo existente de conocimientos se transforma periódicamente en grandes oleadas de innovaciones que se constituyen en nuevos paradigmas científicos y tecnológicos y transforman el mismo proceso de desarrollo. La primera revolución industrial se fundó en el vapor y la industria textil, vinieron lue-

go el acero, la electricidad y los productos químicos, mas tarde el dominio del átomo y de la genética y luego la electrónica, la informática y las comunicaciones. Cada una de esas grandes oleadas de nuevos conocimientos planteó nuevos desafíos a la gestión del saber y amplió las fronteras del desarrollo y las relaciones internacionales.

A lo largo del tiempo, el desarrollo es un proceso ininterrumpido de **acumulación** de los resultados de la capacidad de gestión del conocimiento. El consecuente aumento de los ingresos y la producción se destina en parte a ampliar las bases del proceso económico (bienes de capital, acceso a los recursos naturales) y a la capacitación de la fuerza de trabajo. La acumulación incluye el avance incesante de las tecnologías existentes y la renovación del contexto social y político que hace posible su aplicación a la producción. La gestión del saber es entonces un proceso acumulativo y dinámico, en permanente transformación, a través del cual los países dan respuestas a las variables demandas de la producción de bienes y servicios y a su organización, derivada del progreso técnico, en el marco de cambiantes

relaciones internacionales y distribución de la capacidad de gestión del conocimiento en el orden global.

El análisis comparado de países que cuentan con capacidad de gestión del conocimiento y de aquellos que no han incorporado esta condición inmanente del desarrollo, revela la existencia de **tres condiciones necesarias para la exitosa administración del saber**.

La primera de ellas puede definirse como la **densidad nacional**. La misma abarca la cohesión social, la calidad de los liderazgos, la estabilidad institucional y política, la existencia de un pensamiento crítico y propio sobre la interpretación de la realidad y, como culminación, políticas propicias al desarrollo económico. En efecto, la capacidad de una sociedad de asimilar el progreso técnico requiere un alto grado de inclusión de la población en la creación de riqueza y el reparto de sus frutos; líderes con vocación de impulsar procesos de acumulación autocentros orientados al pleno despliegue de los recursos disponibles; marcos político institucionales idóneos para afrontar los conflictos inherentes a sociedades en transformación; e ideologías funcionales a la movilización de los recursos y aptitudes propias y a la conducción nacional del proceso de desarrollo. En ausencia o insuficiencia de estas condiciones, no es factible elevar la capacidad de gestión del saber que, en definitiva, es una expresión de síntesis de la maduración y dinamismo de un sistema social.

La segunda condición necesaria para el despliegue de la gestión del conocimiento es la **formación de una base industrial, amplia y diversificada**, que incorpore los principales componentes del acervo científico y tecnológico disponible en la época y, en particular, los saberes de frontera. En la ac-



[LAS POLÍTICAS ECONÓMICAS ÓPTIMAS] INCLUYEN, AL MENOS, TRES ELEMENTOS ESENCIALES. PRIMERO, SOSTENER LOS EQUILIBRIOS MACROECONÓMICOS PARA PRESERVAR AL SISTEMA DE LOS SHOCKS EXTERNOS, ESTABILIZAR LOS PRECIOS, ARBITRAR LA PUJA DISTRIBUTIVA Y FACILITAR LA TOMA DE DECISIONES DE INVERSIÓN. SEGUNDO, ABRIR ESPACIOS DE RENTABILIDAD, FUNDADOS EN LA COMPETITIVIDAD DE LA PRODUCCIÓN LOCAL, TANTO EN EL MERCADO INTERNO COMO EN EL INTERNACIONAL, PARA PROMOVER LA INVERSIÓN Y EL CAMBIO TÉCNICO. TERCERO, POLÍTICAS ACTIVAS PARA EL IMPULSO DE LA EDUCACIÓN, LA CIENCIA Y LA TECNOLOGÍA, LOS SECTORES ECONÓMICOS QUE OPERAN EN LAS TECNOLOGÍAS DE VANGUARDIA, LA PROYECCIÓN DE LA PRODUCCIÓN LOCAL A LOS MERCADOS INTERNACIONALES Y, FUNDAMENTALMENTE, LA INTEGRACIÓN SOCIAL Y LA EQUIDAD.

tualidad, por ejemplo, la microelectrónica, la informática y la biotecnología. En cuanto oferente de los insumos, procesos, equipos e instalaciones, que son portadores de la tecnología, la industria es la correa de transmisión entre el conocimiento y la producción en el conjunto de la actividad productiva, desde la explotación de los recursos naturales hasta los servicios. Industrialización, gestión del conocimiento y desarrollo son sinónimos.

Por eso también el monopolio del conocimiento ejercido por las naciones occidentales avanzadas se reflejó en su predominio absoluto en la producción industrial mundial (particularmente en las llamadas industrias dinámicas de tecnologías de punta) hasta los finales del siglo XX. Por la misma razón, la incorporación masiva de centenares de millones de personas del espacio Asia Pacífico a la gestión del conocimiento, se refleja, en primer lugar, en el acelerado desarrollo industrial en las áreas que incorporan las tecnologías de frontera, como la microelectrónica, la informática y las comunicaciones.

La tercera condición necesaria es la **existencia de un sistema nacional de ciencia y tecnología cuyo acervo de conocimientos incorpore las áreas fundamentales de la ciencia de la época** y, a través de las aplicaciones tecnológicas, se integre con la producción de bienes y servicios. El sistema debe tener capacidad de procesar la secuencia copiar-adaptar-innovar para vincular el desarrollo de la ciencia y tecnología vernáculas con el acervo de conocimientos e innovaciones disponibles en el resto del mundo.

Estas tres condiciones necesarias están íntimamente vinculadas y son interdependientes. No es posible contar, por ejemplo, con un sistema nacional avanzado de ciencia y tecnología sin una amplia y diversificada base industrial, ni ambas existir en ausencia de una sólida densidad nacional.

Sobre estas bases es posible ejecutar **políticas económicas óptimas** que maximicen el empleo de los recursos disponibles mediante la gestión del conocimiento y la incor-

poración incesante del cambio tecnológico.

¿Cuáles son esas políticas? Las mismas incluyen, al menos, tres elementos esenciales. Primero, sostener los equilibrios macroeconómicos para preservar al sistema de los *shocks* externos, estabilizar los precios, arbitrar la puja distributiva y facilitar la toma de decisiones de inversión. Segundo, abrir espacios de rentabilidad, fundados en la competitividad de la producción local, tanto en el mercado interno como en el internacional, para promover la inversión y el cambio técnico. Tercero, políticas activas para el impulso de la educación, la ciencia y la tecnología, los sectores económicos que operan en las tecnologías de vanguardia, la proyección de la producción local a los mercados internacionales y, fundamentalmente, la integración social y la equidad.

Ubicado el caso argentino en este marco de referencia de la experiencia internacional comparada, no es difícil advertir cuáles fueron los obstáculos que trabaron el despliegue de nuestra capacidad de gestión del conocimiento. Esto a pesar de la calidad de los recursos humanos y la repetida demostración de la aptitud argentina de administrar saberes de frontera como, por ejemplo, en la actualidad, los proyectos del INVAP² o la notoria revolución tecnológica en la cadena agroalimentaria.

Recordemos, preliminarmente, algunos de esos obstáculos observables la Argentina. Un elemento determinante es la debilidad histórica de nuestra densidad nacional reflejada en las fracturas de la cohesión social, la inestabilidad político institucional de largo plazo que abarcó la mayor parte del siglo XX, liderazgos que acumularon poder como comisionistas de intereses transnacionales y prevalencia de un pensamiento subordinado, como dijo Raúl Prebisch, a la hegemonía ideológica de los centros del poder mundial como sucedió, en la experiencia reciente, con el neoliberalismo.

Esto impidió poner en marcha políticas óptimas de largo plazo para fortalecer la ca-

pacidad de gestión del conocimiento y, antes bien, generó desequilibrios macroeconómicos, cerró los espacios de rentabilidad para la inversión del ahorro y talento argentinos, indujo el endeudamiento externo hasta el límite de la insolvencia, provocó la extranjerización masiva de los recursos fundamentales del país y profundizó las fracturas y desigualdades en la sociedad argentina. De este modo, en vez de poner en marcha un proceso incesante de acumulación, se repitieron, a lo largo del tiempo, acontecimientos que lo interrumpieron. Como sucedió el 6 de septiembre de 1930 con el golpe de estado que interrumpió el proceso de acumulación político institucional iniciado con la presidencia de Bartolomé Mitre. O, cuando, en 1966, la agresión a la universidad provocó el desmantelamiento de laboratorios y equipos de investigación que emigraron al exterior. O, como último ejemplo, las políticas de desmantelamiento industrial que demolieron los avances, insuficientes pero importantes, acumulados durante la industrialización sustitutiva de importaciones y su incipiente apertura a la competencia internacional.

El desarrollo actual y futuro del país depende, esencialmente, del fortalecimiento de su capacidad de gestión del conocimiento. La historia nuestra y la ajena nos dice qué errores no deben repetirse y cuáles son las condiciones y acciones indispensables para el despliegue del potencial y talento del país.

Notas

Nota del Coordinador Editorial (N.C.E.): esta intervención es una reelaboración de distintos escritos del autor, entre los que señalamos aquel publicado en *Clarín*, “El triunfo del estructuralismo latinoamericano”, 23 de mayo de 2007.

¹ N.C.E.: el autor ha abordado este tema en Aldo Ferrer, *La densidad nacional*, Buenos Aires, Capital Intelectual, 2005.

² Investigaciones Aplicadas S.E., ver www.invap.com.ar.